



*Hábitat y urbanismo en
el sector oriental de la
meseta norte durante el
primer milenio antes
de Cristo*

JOSÉ ALBERTO BACHILLER GIL *

* Profesor Titular de Prehistoria.
Departamento de Ciencias Históricas. Universidad de Las Palmas
de Gran Canaria.

Este estudio tiene por objeto hacer una puesta al día de los avances que la investigación ha logrado en los últimos años. Abarcaremos el análisis del poblamiento durante el primer milenio antes de Cristo pero, solamente, hasta la llegada de Roma a estos territorios.

Nuestra intención es la de ofrecer una visión clara sobre el hábitat en la provincia de Soria en este período, incidiendo especialmente en los aspectos relativos a lugar de habitación, tipos de viviendas, sistemas defensivos, factores económicos, modos de vida, lugares de enterramiento, etc., dejando a un lado, aunque sin omitirlos totalmente, aspectos tales como el ajuar material de las diversas etapas que, siempre, han recibido una mayor atención por parte de los diversos investigadores.

La etapa final del bronce

La fase final del Bronce sigue siendo, en la actualidad, uno de los momentos peor conocidos de este territorio en cuanto a urbanismo se refiere. Sólo unos pocos hallazgos permiten vincular a este período a algunos yacimientos. Al igual que en el resto de la Meseta continúa el hábitat al aire libre y en cueva: abrigos rocosos sobre el río Talegonos en Calatañazor, Cueva del Asno, Riba de Escalote, Castilviejo de Yuba, La Barbolla o Arcos de Jalón.

Es, precisamente, esta escasez de hallazgos la que ha llevado a algunos autores a afirmar que durante la etapa del Bronce Final existió en la provincia una muy baja densidad de población, posiblemente debida a aspectos climáticos (TARACENA, B. 1941a, 11) o a factores geológicos (JIMENO, A. 1984, 25-50).

A este mismo período parecen corresponder una serie de hallazgos de bronce tanto sueltos como formando depósito (Beratón, San Pedro Manrique, Coaleda, Langa de Duero), que atestiguan el comercio de este metal en nuestra comarca o a través de ella.

El final de esta etapa (800-700 a.C.) es, también, muy oscuro por lo que respecta al cono-

cimiento que de ella tenemos. Dos manifestaciones tardías marcarían el paso a la Iª Edad del Hierro: el depósito de Ocenilla y la estatua-menhir de Villar del Ala.

Sobre la primera de ellas, cabe mencionar, además de su dudosa procedencia provincial, que pueden ser manufacturas muy tardías de la Edad del Bronce o de inicios de la Iª Edad del Hierro.

Por lo que respecta al segundo de los hallazgos, la estatua-menhir de Villar del Ala, podemos decir que, en caso de aceptarse su datación 850-725 a.C., constituiría una manifestación anacrónica, caduca ya desde cinco siglos atrás (FERNÁNDEZ, J. 1985,80).

Quizá en estas fechas, aunque desconocemos tanto su adscripción cultural como su datación, haya que situar el reciente descubrimiento de una cabaña en Fuensauco que, indudablemente, debe informar sobre la transición del Bronce Final al Hierro en esta comarca.

Primera edad del hierro

Posiblemente hacia estas fechas pueda observarse el inicio de la Iª Edad del Hierro en la zona (725-700 a.C.) con la llegada de los primeros «influjos», muy diluidos, de «Campos de Urnas» desde el Valle del Ebro. La primera matización que cabe hacer es la relativa a la propia terminología de Campos de Urnas, reiteradas veces puesta en tela de juicio (BACHILLER, J. A. 1986: 359, ÍDEM 1987a: 77; ÍDEM 1987b: 7) y que quizá no sea la más adecuada. A este respecto Almagro Gorbea rechaza para la Meseta el uso de términos como «influjos» o «formas» consideradas más o menos imprecisamente «relacionadas» con los «Campos de Urnas» (ALMAGRO, M. 1990: 32).

Si la etapa final del Bronce es mal conocida, otro tanto cabe afirmar acerca de los inicios de la Edad del Hierro en la comarca.

Durante este período observamos el afianzamiento del proceso de sedentarización de

las diversas poblaciones. En el Valle del Ebro surgen numerosos poblados con un urbanismo plenamente desarrollado (Cortes de Navarra, Cabezo de Monleón, Palermo III-IV, Zaforas, etc.). En el otro extremo de la Meseta Norte se desarrolla la vida de Soto de Medinilla, que ha de evolucionar durante varios siglos. Sin embargo, en nuestra comarca sólo conocemos esta fase a través de escasos hallazgos, especialmente cerámicos, hecho que contrasta con la gran pujanza cultural de los grupos próximos del Valle del Ebro.

Entre los hallazgos que podemos incluir en este período está un vaso exciso procedente de Castilviejo de Yuba, algunos fragmentos de superficie espatulada y decoración acanalada (ORTEGO, T. 1961: 165, fig. 13; ÍDEM 1964: 273, láms. 3 a 6), además de algunos más con baño de grafito procedentes del mismo lugar (RUIZ ZAPATERO, G. 1984: 184, nota 28). A estos materiales habría que unir los vasos excisos de Quintanas de Gormaz y Numancia y algunas formas lisas.

Quizá a lo que nos enfrentamos en este momento es más a una laguna en nuestra investigación que a una escasa población en la zona en este período. En este sentido, fruto de la intensificación de las labores de prospección ha sido la aparición de una serie de yacimientos que se fechan a partir del siglo VII a.C. Se trata de los poblados de La Corona, La Buitrera, Alto de la Nevera y Alepud, situados en la zona central de la provincia. Estos yacimientos presentan rasgos peculiares que los diferencian notablemente de los castros de la serranía, casi completamente coetáneos. Son poblados ubicados en pequeñas elevaciones de zonas llanas, quizá con un mayor peso agrícola, carecen de fortificaciones en general y son de mayor tamaño que los castros, pero evidenciando un modelo de hábitat más disperso. Poseen, además, dos momentos de ocupación, uno de la Iª Edad del Hierro, con una variada representación de cerámicas finas y grafitadas, y otro de época celtibérica, faltan-

do las cerámicas a peine (REVILLA, Mª. L. y JIMENO, A. 1990: 87-101). Desconocemos el urbanismo interior de los mismos, así como sus necrópolis, ya que no se han llevado a cabo trabajos de excavación.

Tradicionalmente se ha atribuido a los pelendones la ocupación inicial de los castros serranos. Ya en 1788, Loperráez los sitúa al mediodía de las Sierras Distercias, basado en las anotaciones de algunos autores clásicos, ocupando las Sierras que hoy reciben los nombres de Urbión, Cebollera, Oncala y Puertos de Santa Inés y Piqueras, hasta las Sierras de Cidones, siguen por Soria y se unen con las del Moncayo (LOPERRÁEZ, J. 1978: 3).

Sin embargo, algunos investigadores han atribuido a algunos pueblos precélticos la cultura material de los castros, tal es el caso de Schulten que la atribuye al pueblo ligur o Bosch Gimpera que lo hace a grupos humanos subsistentes del Eneolítico. Taracena opinaba que los castros eran ocupados por pueblos pastores obligados a la trashumancia (TARACENA, B. 1929: 26). No obstante, la distribución geográfica de los castros en una zona serrana, que las fuentes clásicas dan como ocupada por los pelendones, parece prestarse a la interpretación de un determinado carácter en esta agrupación tribal. Ello concuerda con la opinión de Bosch Gimpera, suponiendo a los arévacos penetrando con su cultura posthallstática hacia las tierras de Numancia, hasta establecerse en el límite con los pelendones. Los arévacos sustituirían la ruda cultura de los castros por la posthallstática, de donde por evolución surge la numantina (TARACENA, B. 1929: 26-27).

Posteriormente, Taracena sigue manteniendo que se trata de un pueblo de pastores trashumantes que hacen la ruta anual a lo largo del Duero, por el Norte de la Cordillera Carpetana. La vida de estos pastores coincidiría con el descrito en el Periplo de Avieno para los beribraces «tribu agreste y feroz que vaga tras los rebaños de sus numerosos ganados

revelando una vida semejante a la de las fieras». La imprecisión de los límites tribales entre pelendones y arévacos, la coincidencia territorial de la zona de los castros con la comarca serrana, el supuesto carácter céltico del sistema defensivo de los anillos de piedras hincadas y, también, «céltico-posthallstático» de los objetos de bronce encontrados, le llevan a la conclusión de que la cultura castreña fue fruto tardío de las primeras oleadas célticas en España y se debería a los pelendones, tribu más tarde sometida a los arévacos que formó con ellos la Celtiberia Ulterior. Sincrónica a la cultura de los castros, extendiéndose por el Centro y Sur de la Provincia y provincias limítrofes, hallamos otra caracterizada por un conjunto de necrópolis «posthallstáticas» por ser producto de celtas venidos durante el Hallstatt europeo y que separados del continente la desarrollarán por sus propios medios (TARACENA, B. 1933: 393-401; ÍDEM 1941b: 165-167; ÍDEM 1954: 200-206).

Sáenz García, intentó ofrecer en 1952 una semblanza completa de la distribución de los diversos grupos en la comarca, situando en la zona norte a los pelendones, ocupando el macizo Distérico y viviendo de sus ganados; al sur unos grupos, también pastoriles, habitarían los páramos limítrofes con Guadalajara: bellos, tittos y lusones; en el centro habitarían los arévacos que, al parecer, tendrían su vida ligada a la agricultura. Los arévacos, quizá, no debieron utilizar fortificación castril; sus poblados, de carácter más urbano y de mayor volumen, se defendieron mediante murallas, pero en ellas la estrategia no estaba confiada exclusivamente a la eminencia del lugar (SÁENZ, C. 1952). Los arévacos pertenecerían, por su cultura, a la Segunda Edad del Hierro y deben aparecer a partir del 400 a.C. en la Meseta, según Wattenberg (WATTENBERG, F. 1963: 49).

Alonso Fernández eleva ostensiblemente las cronologías y opina que los pelendones son tardía consecuencia de una primera inva-

sión céltica acaecida entre los siglos VIII-VII a.C., que sería dominada por el grupo de los pueblos belgas, de los que formarían parte los arévacos, y su influencia debió extenderse al resto de la serranía ocupada escasamente y, así, la posesión de la capital equivaldría al dominio arévaco de todo el territorio pelendón. De ello, el citado autor deduce que las relaciones políticas entre ambos pueblos se fundamentarían en el dominio por parte del más fuerte, aunque es posible que convivieran en igualdad de condiciones sociales (ALONSO, C. 1969: 132-146).

Tradicionalmente, a nivel arqueológico, se han contemplado en esta etapa dos diferentes grupos de hallazgos cronológicamente coetáneos: los *castros* en el norte y las denominadas *necrópolis posthallstáticas* en el sur y línea del Duero.

Por lo que respecta al primero de los hallazgos, objeto de recientes revisiones, solamente haremos referencia a los principales aspectos relativos al tema que nos ocupa. Se trata de poblados ubicados en lugares altamente estratégicos y localizados en la mitad norte provincial. Se asientan en picachos serranos de fácil defensa, siendo su altitud media de unos 1.200 mts., aproximadamente. Dominan el curso de los ríos y vías naturales de comunicación.

En las zonas más vulnerables del poblado, no protegidas por los accidentes del terreno, se erigen murallas de mampostería en seco con piedras de careo natural y tamaño mediano, aunque en ocasiones aprovechan la afloración de grandes rocas que incluyen en el lienzo de la muralla en un ahorro de esfuerzo en la construcción. En todos los casos de la comarca aparece un solo recinto murado, constando su estructura de dos paramentos exteriores, verticales o en talud, que delimitan un espacio central relleno de materiales angulosos. El grosor de las mismas oscila entre 2,50 y 6,50 mts. y su altura original se calcula entre 4 y 4,50 mts., por el volumen de los derrumbes,

siendo la de menor entidad la del Alto de la Cruz de Gallinero.

Al igual que es muy variada la tipología de los emplazamientos también lo suele ser la configuración de los recintos, dando como resultado plantas anulares (Castilfrío), triangulares, trapeciales (Taniñe, único que lleva su muralla a base de grandes ángulos), ovales (Alto de la Cruz de Gallinero), etc.

En pocos casos se documentan las puertas de acceso al interior de estos recintos. Se ha indicado su existencia para los castros de Valdeavellano de Tera, Hinojosa o El Royo. El caso más claro de ubicación de puertas de acceso lo proporciona, por ahora, Los Castillejos de Cubo de la Solana, aunque es difícil afirmar si pertenecen a este momento o a la ocupación posterior celtibérica (BACHILLER, J. A. 1987c: 11, fig. 5-10).

La defensa de estos recintos pudo reforzarse con la erección de torres adosadas al lienzo exterior de la muralla, como parece apreciarse en Valdeavellano de Tera (RUIZ ZAPATERO, G. 1977: 85-88).

Asimismo, en algunos castros (Taniñe, Castilfrío, Castillejos de Gallinero, Hinojosa, Langosto, Valdeavellano, etc.) existen anillos de piedras hincadas, que se sitúan frente al lienzo exterior de la muralla. Su misión consistía en impedir los ataques frontales y rápidos de la caballería. Según Almagro Gorbea, los caballos de frisia son un elemento que sólo pudo haberse introducido y generalizado tras el previo desarrollo y generalización de la caballería y de su consiguiente aplicación a las tácticas militares, lo que está en relación con la existencia de élites ecuestres atestigüadas en los ajuares funerarios de las necrópolis meridionales de la provincia (ALMAGRO, M. 1990: 42). En este sentido, el caballo doméstico está presente en la Meseta Norte con anterioridad al rito de la incineración y a partir del siglo VII asistimos al surgimiento de auténticos jinetes. El caballo está presente en los ritos funerarios ocupando un lugar destacado

en la esfera ideológica. Quizá, la confluencia de aportes continentales y mediterráneos potenciaron las técnicas de equitación, el mejor manejo del caballo y su aplicación a la guerra (LUCAS, M^a. R. y RUBIO, I. 1990: 440-444).

Al margen de estos sistemas defensivos, se ha señalado la existencia de algunas ligeras depresiones que se han interpretado como fosos, aunque ya se apuntó la posibilidad de que pudiera tratarse de falsos fosos fruto de la extracción de materiales en estas zonas (TARACENA, B. 1941a: 51-53).

Respecto al urbanismo interior, la idea tradicional era que, en los más antiguos al menos, las viviendas estarían constituidas por simples cabañas (TARACENA, B. 1941a: 14), en tanto que las construcciones de mampostería comenzarían a utilizarse en un momento posterior.

Los últimos trabajos de investigación arqueológica han dado como resultado la aparición de varias plantas de habitación de mampostería, predominando las rectangulares, aunque en el castro del Zarranzano se documenta una circular que convive con otras rectangulares. También se ha insinuado la posibilidad de la existencia de plantas circulares en Valdeavellano (ROMERO, F. 1984a: 189-210).

Estas construcciones poseen un zócalo de piedra y alzado de los muros en adobe. La techumbre debió de construirse a base de un entramado de ramaje recubierto de barro. En el interior se documenta el hogar y, en algunos casos, vasares, siendo el piso de arcilla endurecida. En el interior de las casas las paredes pudieron llevar un enlucido de barro (Cubo de la Solana).

La disposición general de las viviendas en el interior de los poblados no es prácticamente desconocida, pues faltan excavaciones de conjunto. Sería preciso iniciar trabajos más extensos y en poblados que no posean una ocupación celtibérica posterior, tratando de determinar los sistemas defensivos y urbanísticos correspondientes a este momento de habitación.

Los pobladores de estos recintos siguen practicando la metalurgia del bronce, como lo atestigua el hallazgo en el castro de El Royo de un horno de fundición y un lote de moldes de arcilla (EIROA, J. J. 1981). La mayoría de los hallazgos, fibulas, botones, agujas, etc., son también de bronce, en tanto que el hierro es un elemento minoritario.

La aparición en Castilfrío de la Sierra de un lote de pondera podría indicar la ubicación en este lugar de un telar, documentando la actividad textil.

La actividad fundamental de estos grupos sería la ganadería, a juzgar por los restos óseos hallados y por los territorios en que se asientan en plena zona serrana. Taracena afirmaba que eran pueblos pastores de obligada trashumancia. Sin embargo, aunque esto pudiera ser así en los momentos iniciales, la aparición de casas de mampostería y la erección de enormes obras defensivas, que exigen un gran esfuerzo comunal, no parecen confirmar esta tesis, ya que no resulta coherente, en la mayoría de los casos, realizar tal esfuerzo para habitar estos lugares en época primavera-verano para luego abandonarlos a su suerte hasta la próxima campaña. Por ello creemos que, la mayor parte de estos poblados, son lugares de habitación permanente en los que la ganadería es su principal actividad.

En zonas más llanas, donde la aparición de molinos es más frecuente, es posible que exista una agricultura complementaria.

La dieta alimentaria se completaría con la caza (cérvidos y suidos) e, incluso, la recolección de frutos silvestres. En zonas fluviales podría practicarse la pesca, no documentada arqueológicamente, y con toda seguridad la recolección de almeja de río (*Anodonta Cignaea*), hecho comprobado en Los Castillejos de Cubo de la Solana.

La cronología de esta ocupación, cuyo final veremos más adelante, abarca los siglos VI-IV a.C. y está siendo confirmada por las dataciones absolutas, 530 a.C. para El Royo (EIROA, J. J. 1980), 460 y dos dataciones del 430 a.C. para el castro del Zarranzano (ROMERO, F. 1984a: 197).

Por lo que respecta al segundo de los hallazgos, las «necrópolis posthallstätticas», se trata de enterramientos de incineración en urna que proporcionan gran cantidad de materiales, en los que predominan los elementos metálicos, principalmente de bronce en un primer momento, aunque ya existen algunos de hierro, metal que irá progresivamente aumentando su presencia y haciéndose más frecuente conforme avanzamos en el tiempo.

Respecto a la terminología utilizada por Bosch Gimpera, generalizada y tradicionalmente empleada por los demás investigadores, cabe mencionar que proviene de la tipología hallstättica que él observaba en muchos de los elementos metálicos.

No obstante, la revisión que de algunos materiales metálicos se ha llevado a cabo (Almaluez) tiende a elevar las fechas hacia fines del siglo VII a.C. A pesar de que es difícil precisar una cronología basada en el estudio tipológico de los objetos metálicos, ya que la mayoría tienen una larga pervivencia, sin embargo, es palpable la tendencia en la actualidad a elevar sensiblemente la cronología para los inicios de estas necrópolis y ampliar su vida a todo el siglo VII a.C. Esta tendencia no sólo se manifiesta para las necrópolis sorianas (Almaluez, Alpanseque, La Mercadera) sino que también se produce en la vecina provincia de Guadalajara. Ello quiere decir que serían, en buena parte, coetáneas a los castros de la comarca serrana y a los poblados de la zona centro que hemos mencionado, no siendo por lo tanto posteriores a la I^a Edad del Hierro, aun cuando algunas de ellas, debido a su larga pervivencia, sí rebasen este período.

La revisión que modernamente se ha realizado de la cultura hallstättica no aconseja la continuidad en la utilización del término hallstättico ni posthallstättico para esta zona. En este sentido, estamos de acuerdo con la

opinión de Almagro Gorbea para quien estas necrópolis del Alto Duero-Aito Jalón reflejan un ambiente cultural distinto a los Campos de Urnas. Estas necrópolis constituyen la fase inicial de las necrópolis celtibéricas, denominación más adecuada dada su unidad cultural y su perduración hasta época avanzada. Esta denominación de «celtibéricas», que en ocasiones sólo se ha aplicado a las fases más avanzadas, es preferible a la de posthallstätticas (ALMAGRO, M. 1990: 35).

Lógicamente si existen estas necrópolis deben, indudablemente, existir sus correspondientes poblados. Si por el momento, en nuestra provincia, esta asociación está insuficientemente documentada debe ser producto de una laguna en las prospecciones. El hallazgo de un poblado y, junto a él, su necrópolis en el yacimiento de El Valladar puede ser ilustrativo de la existencia de estas asociaciones (BACHILLER, J. A. y BLANCO, A. 1991).

Otro poblado de singular interés es el de los Altos de Fuentepinilla. Este yacimiento no presenta fortificación alguna, proporcionando numerosos fragmentos cerámicos elaborados a mano, algunos fragmentos de bronce y diversos molinos amigdaloides. Junto a él existe un yacimiento celtibérico, pudiéndose observar la sustitución del uno por el otro. No muy lejos de ellos, ya en la Sierra de Andaluz, al norte del pueblo, se emplaza otro poblado que pudo tener varias ocupaciones a juzgar por los materiales que allí se encuentran (cerámica a mano, a peine, celtibérica y romana), no presentando fortificación alguna.

Quizá, aunque con las lógicas reservas debido a la escasez de datos, estos poblados que hemos venido mencionando (Alepu, La Corona, La Buitreta, Alto de la Nevera, Fuentepinilla), coetáneos cronológicamente a las necrópolis, constituyan la fase inicial en el largo período de gestación de lo que después dará como resultado la cultura celtibérica, fruto de la progresiva introducción y adaptación en es-

tos contextos culturales de los aportes procedentes del área ibérica.

Todos estos aspectos nos ilustran, también, sobre los posibles modos de vida en la zona centro meridional. Son emplazamientos en cerros, pero en zonas llanas, dominando fértiles vegas de ríos (Duero, Fuentepinilla, etc.). Los poblados no están fortificados y en su interior, además de los materiales cerámicos mencionados, aparecen frecuentes molinos amigdaloides. Ello nos induce a pensar que el régimen económico agrícola pueda tener un mayor peso que en los castros septentrionales, pudiendo llegar a ser su principal base. Por lo que respecta al urbanismo, el poblado de Andaluz presenta diversas construcciones rectangulares de mampostería, aun cuando por el momento no podamos adscribirles con claridad a una u otra etapa de ocupación.

Todos estos rasgos nos hacen pensar, quizá, en un pueblo diferente al que habita los castros. En este sentido, la mayoría de los autores coinciden en dar esta zona como habitada por los arévacos, portadores inicialmente de la llamada cultura posthallstättica. Por ello, con muchas reservas, podríamos adscribir a este pueblo la ocupación de estos poblados y necrópolis, en fecha temprana y en contra de la opinión de Wattenberg. El hecho de que los hallazgos arqueológicos parecen evidenciar una continuidad de poblamiento desde fechas tempranas hasta la aparición de la cultura celtibérica, nos hace inclinarnos por cronologías más antiguas para el asentamiento de estos grupos, probablemente este proceso se inicie ya a partir del siglo VII a.C.

La segunda edad del hierro

Resulta muy problemático fijar una fecha para los inicios de la Segunda Edad del Hierro. Martín Valls propone la fecha teórica del 500 a.C. para su comienzo en la Meseta Norte, siendo estas fechas, 500-400 a.C., un período de gran inestabilidad política e intranquilidad

general (fortificación de numerosos poblados), sin que se precisen las causas de esta incertidumbre (MARTÍN VALLS, R. 1985: 109), aunque Almagro Gorbea señala que pudo deberse, en última instancia, a una nueva organización socio-económica del territorio e, incluso, una previsible tendencia al aumento de la presión demográfica (ALMAGRO, M. 1990: 42). También, es posible que en nuestra comarca entren en juego factores como el desarrollo y expansión de los grupos meridionales, que diversos autores identifican con los arévacos.

A fines del siglo V a.C. y primera mitad del siglo IV, probablemente, se puedan fijar los primeros movimientos de penetración hacia el norte de la línea del Duero de estos grupos meridionales, iniciando el proceso de desplazamiento de los pobladores de los castros (pelendones) hacia las sierras septentrionales. Posiblemente en estas fechas o poco después se podría situar el hecho, señalado por numerosos autores, de la ocupación de Numancia desplazando de ella a los pelendones.

En este momento se puede fijar el inicio de algunos poblados ubicados en la zona norte, tradicionalmente asimilados al mundo castreño, pero que indudablemente responden a unas concepciones urbanísticas y defensivas muy diferentes. El caso más claro es el yacimiento de Arévalo de la Sierra que, a nuestro juicio corresponde a la penetración anteriormente mencionada.

Las diferencias que presentan con los castros de la serranía son varias. En primer lugar, difiere el propio emplazamiento, en una zona relativamente llana y sobre una pequeña muela que destaca muy poco del resto de las tierras del entorno. El sistema defensivo también introduce novedades, la principal estriba en colocar piedras clavadas a tizón junto al lienzo exterior de la muralla, que rodea totalmente el poblado, configurando un terraplén de violento plano inclinado. A ello se une un nuevo sistema de organización urbana que hasta el momento no había aparecido en la comarca. Se

trata de viviendas de mampostería de planta rectangular que, a veces, deriva en otros tipos (trapeziales) que ofrecen una disposición radial, adosando la mayoría su muro posterior a la muralla. Poseen paredes medianiles y dejan un espacio central en el interior del poblado en el que, a juzgar por el plano de Taracena (TARACENA, B. 1929), también existirían algunas construcciones. La cerámica que proporciona el yacimiento combina los ejemplares realizados a mano con los torneados, mucho más abundantes y de clara tipología celtibérica.

A esta fecha puede que pertenezcan, aunque tenemos muchas reservas al respecto, los poblados de la Pedriza de Ligos (ORTEGO, T. 1960: 129-131) y Los Castejones de Calatañazor (TARACENA, B. 1929: 19, fig. 10). En este último observamos la aparición de una muralla de paramentos múltiples, similar a otras posteriores como la de Los Castellares de Suellacabras, aunque en el caso de Calatañazor desconocemos en qué momento de la vida del poblado pudo erigirse.

Otro grupo de poblados, también fortificados y por este hecho, tradicionalmente contemplados en la bibliografía como pertenecientes al grupo castreño, lo constituyen El Pico de Cabrejas del Pinar, Alto del Arenal de San Leonardo, El Collado, Collarizo de Carabantes, Villar del Ala y Castillo Billido, entre otros. Su cronología, quizá, sea algo más avanzada que la de Arévalo, pudiendo comenzar su vida en un momento difícil de precisar pero, posiblemente, dentro del siglo IV a.C. Una de las razones que nos llevan a vincularlos a este grupo es que la inmensa mayoría de los materiales que allí se encuentran son fragmentos cerámicos elaborados a torno de clara tipología celtibera. No obstante, existe un reducido número de ejemplares realizados a mano y algunos a torno lento. Asimismo, en todos ellos existe un gran amontonamiento de derrumbes en la zona más vulnerable, lo que hace suponer la existencia de un gran torreón, muy diferente a los que parecen existir

en Valdeavellano de Tera. En algunos de ellos (Cabrejas del Pinar, Collarizo, etc.) aparece el sistema de piedras hincadas que, sin embargo, son de mayor tamaño y aparecen más espaciadas que en algunos castros serranos (Castilfrío, Castillejos de Gallinero). Este sistema puede que sea una adaptación del empleado en los castros, aunque es posible que el mal denominado «grupo de los Campos de Urnas del Alto Jalón» también conozca este tipo defensivo. En este sentido, el poblado de Castilviejo de Guijosa (Guadalajara) también lo posee, siendo frecuentemente paralelizado con Cabrejas del Pinar (BELÉN, M.; BALBÍN, R. y FERNÁNDEZ, M. 1978).

Respecto al urbanismo, observamos la existencia en El Collarizo de viviendas de mampostería de planta rectangular, alineadas a lo largo del cantil oriental del poblado, llegando, incluso, a rebajar la roca base del yacimiento. En Pozalmuro, aunque no podemos determinar a qué momento de la vida del poblado corresponden, las casas aparecen alineadas en el cantil meridional y unidas entre sí por paredes medianiles. En la zona norte del poblado pudo existir una alineación semejante o quedar un espacio libre como ocurre en otros poblados (BACHILLER, J. A. 1987c: 16-17).

Otro elemento a tener en cuenta para vincular estos poblados al grupo en expansión, es la no existencia de un nivel de incendio que delimite dos ocupaciones (castreña y celtibérica), al igual que ocurre en los castros de la serranía. Este nivel supone la destrucción de la primera ocupación castreña que es reemplazada por la celtibérica. Ello quiere decir que los poblados mencionados (El Pico, Alto del Arenal, etc.) poseen desde el inicio una ocupación celtibérica, aun cuando los materiales cerámicos correspondientes al primer momento de ocupación no sean los clásicos. Posiblemente estos núcleos constituyan avanzadillas fortificadas para el control de determinadas zonas en relación con los pobla-

dores de los castros. Por otro lado, estos poblados presentan gran similitud con El Valladar en el valle del Jalón, al que ya hemos hecho referencia anteriormente. Se trata de un poblado, situado en el término de Somaén, y su correspondiente necrópolis, unos 200 mts. al norte del poblado, en pleno barranco, y en el término de Arcos de Jalón. El poblado, de configuración muy similar a El Pico y Alto del Arenal, posee una muralla en la zona más vulnerable y, además, presenta una enorme acumulación de derrumbes en una zona de la misma, donde pudo estar emplazado un torreón de gran envergadura. Los materiales cerámicos están, mayoritariamente, elaborados a torno y son de tipología celtibérica, aunque también aparecen algunos realizados a mano. La necrópolis presenta similitudes con la vecina de Almaluez y las de la zona de Guadalajara. Las urnas aparecen junto a una gran laja de piedra hincada y rodeada de piedras de menor tamaño, a juzgar por lo que hemos podido conocer sin realizar ningún tipo de excavación. Hemos localizado tres urnas correspondientes a esta necrópolis que nos han facilitado vecinos de ambos municipios, dos de ellas elaboradas a mano y una a torno. De las elaboradas a mano una presenta tres asas de cinta junto al borde y fondo plano, y la otra posee, asimismo, asa de cinta decorada con tres líneas acanaladas. Ambas tienen superficies pulidas. La urna elaborada a torno, típicamente celtibérica, ofrece un baquetón en la unión del cuello con la panza (BACHILLER, J. A. y BLANCO, A. 1991).

No queremos dejar de plantear aquí la supuesta existencia del llamado horizonte protoarévaco que, básicamente, se define por la aparición de cerámica a peine y estampilladas, al igual que ocurre con el horizonte protoarévaco en el Valle Medio del Duero. A nuestro juicio, actualmente, no existe ninguna referencia válida para establecer este horizonte protoarévaco. Las cerámicas a peine y estampilladas aparecen en contextos culturales muy

diversos. Ya González-Tablas señaló que la cerámica a peine no había que considerarla como fósil director ni de Cogotas II (IIª. Edad del Hierro) ni de Sanchorreja II (Iª. Edad del Hierro) (GONZÁLEZ, F. J. 1990: 57). Asimismo, Sacristán de Lama cuestiona muy seriamente la existencia del horizonte protovacceo en relación a sus fósiles directores (cerámica a peine y estampillada) ya que, al igual que ocurre en nuestra comarca con el horizonte protoarévaco, no existe estrato correspondiente a este período en ningún yacimiento (SACRISTÁN DE LAMA, J. D. 1990: 193-197). Nos inclinamos más, como hemos venido exponiendo, por una evolución continuada en la que, en determinados momentos, tiene cabida la adopción de las técnicas decorativas del peine y del estampillado, muy limitadas por lo demás, y no siendo exclusivas de los grupos que van a alcanzar la celtiberización en nuestra comarca.

Así pues, el panorama que se observa en este momento es el siguiente: por un lado, localizado en la comarca meridional y extendido por el centro con avanzadillas hacia el norte, a un pueblo en expansión portador de la cultura celtibérica y que podemos adscribir a los arévacos, y por otro, ocupando las serranías septentrionales, al pueblo que habita los castros con una cultura material perteneciente a la Iª. Edad del Hierro y que podemos adscribir a los pelendones. En un primer momento, es posible, como afirma Alonso Fernández, que convivieran más o menos en paz, con un dominio por parte del más fuerte (el arévaco) sobre el más débil (pelendón).

Este equilibrio no va a durar mucho tiempo. Ya en el 350 a.C. se fecha el nivel de incendio de Fuensauco, al que se superpone la ocupación celtibérica de este poblado (ROMERO, F. 1984b). Este mismo proceso de destrucción e incendio se observa en todos los castros que luego tienen una posterior ocupación celtibérica: El Royo, Cubo de la Solana, Castillejos de Gallinero, etc. En el castro de la Virgen del Castillo de El Royo esta destrucción y poste-

rior ocupación celtibérica se produce en el 320 a.C. (EIROA, J. J. 1980). No obstante, el final de todos estos yacimientos puede que no sea uniforme. Una parte de ellos son destruidos y no volvieron a ser ocupados (Castilfrío de la Sierra, Los Castillejos de El Espino, Alto de la Cruz de Gallinero, etc.), mientras que otros, tras su destrucción, son ocupados por gentes celtiberas, ya en un momento avanzado de la evolución de su cultura (El Royo, Cubo de la Solana, etc.). Por tanto, se puede atribuir a este pueblo celtibero (arévaco, según las fuentes) la destrucción de los castros, hecho que no se observa en otros poblados a los que hemos hecho referencia (Arévalo, El Pico de Cabrejas del Pinar, etc.).

Este momento parece significar el definitivo proceso de expansión del grupo arévaco por la provincia. En estas fechas del siglo IV a.C. en adelante, observamos en las necrópolis (SCHULE, W. 1969) un significativo aumento del armamento de hierro que sustituye ya, prácticamente, al de bronce. Es la época en que estos grupos dominan la metalurgia del hierro y con el mineral que obtienen de los veneros del Moncayo (MALUQUER, J. 1972: 64) adquieren un mayor dinamismo e inician un proceso de política claramente expansiva en detrimento del grupo norteño.

Todo ello nos lleva a una nueva fase que, como hemos visto, es una continuación de la anterior y significa la *Celtiberización* de todo el territorio provincial. El apogeo de esta cultura, entendida en sentido global (político, cultural y socio-económico), debió centrarse en los siglos III y II a.C., dando la impresión de que tras las Guerras Celtibéricas la población quedó bastante mermada. A partir de la caída de Numancia en el 133 a.C. sólo algunos núcleos de cierta importancia (Termancia) parecen haberse mantenido en pie por algún tiempo.

Los celtiberos emplazan sus poblados en una variada gama de lugares que, por lo general, son de fácil defensa: cerros, laderas, muelas, espigones fluviales, etc. Se han llegado a

distinguir tres tipos de poblados: la ciudad, la aldea y el castillo. Resulta difícil de mantener, por el momento, una clasificación tan rígida, no obstante sí se aprecian diversas variantes entre unos poblados y otros.

En primer lugar se observa la ocupación de los antiguos castros (El Royo, Taniñe, Castillejos de Gallinero, Cubo de La Solana, etc.). En ellos parecen mantenerse las típicas defensas vistas anteriormente: murallas de mampostería con dos paramentos exteriores, verticales o en talud, delimitando un espacio central relleno de materiales angulosos, anillos de piedras hincadas, etc., es decir, los mismos existentes. Las casas, a juzgar por los documentos arqueológicos que aporta El Royo, son de planta rectangular y de mampostería. El suelo de las mismas consta de una capa de grava para rellenar los desniveles de la roca base y, sobre ella, una capa de arcilla. El hogar presenta dos capas de arcilla entre las que se inserta una compuesta de fragmentos cerámicos. Este ejemplo que ofrece El Royo se documenta en numerosos yacimientos peninsulares en la construcción del hogar, recientemente se ha documentado en La Corraliza de Rayes, aun cuando corresponde a un momento anterior.

Al margen de esta segunda ocupación de los castros existen una serie de poblados de nueva creación y que presentan características muy similares. Su extensión es parecida a la de los antiguos castros, se asientan en lugares de menor altitud, en la mayoría de los casos, y se hallan también fortificados: Omeñaca, Ontalvilla, Suellacabras, etc. La muralla es de mampostería con piedras de pequeño tamaño y careo natural y con paramentos internos, hecho que ya habíamos mencionado en Los Castejones de Calatañazor y que se repite en Los Castellares de Suellacabras, donde los materiales más antiguos son celtibéricos. Es-

tas murallas de paramentos internos permiten que, en caso de abrirse una brecha en la muralla, ésta no se desplome en su totalidad. En algunos de estos poblados (El Collado) existen grandes engrosamientos que hacen suponer la existencia de un torreón. Asimismo, en algunos existen fosos (Ontalvilla de Frentes, Omeñaca, etc.) que, a diferencia de los que se han señalado para los castros, se realizan cortando en vertical la roca en aquellas zonas más vulnerables. Esta costumbre se observa en diversos yacimientos ibéricos aragoneses (La Tallada, Palermo, etc.).

Otro grupo de poblados (Rabanera del Campo, Fuentetecha, etc.) parece, a falta de trabajos arqueológicos, que no tuvieron muralla alguna, al menos de mampostería. La disposición de las casas en el interior no es desconocida, aunque en el caso de Rabanera del Campo pudieron presentar una disposición similar a la de Arévalo. En este caso las paredes posteriores de las casas es posible que cumplieran una función defensiva.

Por último, encontramos los grandes núcleos urbanos (Numancia, Tiermes, etc.). Poblados que se han considerado como verdaderas ciudades debido a la gran superficie que ocupan a diferencia de los mencionados anteriormente. Las casas son, asimismo, de mampostería y su planta rectangular o cuadrangular, llegando incluso a formar manzanas divididas por calles transversales que, indudablemente, responden a una nueva concepción de la ordenación urbana de origen foráneo. En Tiermes se documentan habitaciones rupestres y existe, al parecer, una adaptación total y un mayor acoplamiento a las características morfológicas del terreno sobre el que se asienta la ciudad. No obstante, la ocupación celtibérica de los dos yacimientos mencionados aparece muy alterada debido a las ocupaciones posteriores.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO GORBEA, M.: 1990. «Los Campos de Urnas en la Meseta». *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte. Zephyrus*, XXXIX-XL, 1986-1987, Salamanca, pp. 31-47.
- ALONSO HERNÁNDEZ, C.: 1969. «Relaciones políticas de la tribu de los arévacos con las tribus vecinas». *Pyrenae*, 5, Barcelona.
- BACHILLER GIL, J. A.: 1986. «Los castros sorianos: algunas consideraciones generales». *Celtiberia*, 72, Soria.
- 1987a. «Los Castros del Alto Duero», *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 3, Universidad de Murcia.
- 1987b. *La cultura castreña soriana en la Alta Cuenca del Duero*, Resumen Tesis Doctoral, Universidad de La Laguna.
- 1987c. *Nueva sistematización de la cultura castreña soriana*. Cuadernos de Prehistoria Y Arqueología, Serie Monográfica, 1, Zaragoza.
- BACHILLER, J. A. y BLANCO, A.: 1991. «El poblado y la necrópolis de El Valladar en el Alto Jalón (Somaén-Arcos de Jalón. Soria)», *labona*, VII, La Laguna.
- BELÉN, M.; BALBÍN, R. y FERNÁNDEZ MIRANDA, M.: 1978. «Castilviejo de Guijosa (Guadalajara)». *Wad-al-Hayara*, 5.
- EIROA GARCÍA, J. J.: 1980. «Datación por Carbono-14 del castro hallstático de El Royo (Soria)», *Trabajos de Prehistoria*, 37, Madrid.
- 1981. «Moldes de arcilla para fundir metales procedentes del castro hallstático de El Royo (Soria)», *Zephyrus*, XXXII-XXXIII, Salamanca.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J.: 1985. «La Edad del Bronce». *Historia de Castilla y León*, t.I, Prehistoria del Valle del Duero, Valladolid.
- GONZÁLEZ TABLAS, F. J.: «Transición a la Segunda Edad del Hierro». *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte. Zephyrus*, XXXIX-XL, 1986-1987, Salamanca, pp. 49-57.
- JIMENO, A.: 1984. «Estado Actual del Eneolítico y la Edad del Bronce en la provincia de Soria». I *Symposium de Arqueología Soriana*, Soria.
- LOPERRAEZ CORVALAN, J.: 1978. *Descripción histórica del Obispado de Osma*. t.I, Imprenta Real, 1788, Ed.Turner, Madrid.
- LUCAS PELLICER, M. R. y RUBIO DE MIGUEL, I.: 1990. «Introducción del caballo como animal de montura en la Meseta: problemática». *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte. Zephyrus*, XXXIX-XL, Salamanca, pp. 437-444.
- MALUQUER, J.: 1972. Proceso histórico-económico de la primitiva población peninsular. *Publicaciones eventuales*, 20, Universidad de Barcelona.
- MARTÍN VALLS, R.: 1985. «La Segunda Edad del Hierro». *Historia de Castilla y León*, t.I, Prehistoria del Valle del Duero, Valladolid.
- ORTEGO, T.: 1960. «Excavaciones arqueológicas en la provincia de Soria». *Caesaraugusta*, 15-16, Zaragoza.
- 1961. «I Reunión de Arqueólogos del distrito Universitario de Zaragoza. Soria». *Caesaraugusta*, 17-18, Zaragoza.
- 1964. «Castilviejo de Yuba (Soria): Nuevo yacimiento con cerámica excisa». *VIII C.A.N.*, Zaragoza.
- REVILLA, M^a. L. y JIMENO, A.: 1990. «La dualidad de la cultura castreña soriana». *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte Zephyrus*, XXXIX- XL, 1986-1987, Salamanca.
- ROMERO, F.: 1984a. «Novedades arquitectónicas de la cultura castreña soriana: La casa circular del castro del Zarranzano». I *Symposium de Arqueología soriana*, Soria.
- 1984b. «La Edad del Hierro en la serranía soriana: Los Castros». *Studia Archaeologica*, 75, Valladolid.
- RUIZ ZAPATERO, G.: 1977. «Fortificaciones del castro hallstático de Valdeavellano (Soria)». *Celtiberia*, 53, Soria.
- 1984. «Cogotas I y los primeros Campos de Urnas en el Alto Duero». I *Symposium de Arqueología Soriana*, Soria.

- SACRISTÁN DE LAMA, J. D.: 1990. «Sobre la facies cultural de Cogotas II en la Cuenca Media del Duero». *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte*. *Zephyrus*, XXXIX-XL, 1986-1987, Salamanca, pp. 193-197.
- SÁENZ GARCÍA, C.: 1952. «Visión geológica de la geografía y de la historia provinciales». *Celtiberia*, 4, Soria.
- SCHULE, W.: 1969. *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*. Berlín.
- TARACENA, B.: 1929. «Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño». *M/SEA*, 103, Madrid.
- 1933. «Tribus celtibéricas. Pelendones». *Homenagen a M.Sarmiento*, Guimaraes.
- 1941a. *Carta Arqueológica de España. Soria*. Madrid.
- 1941b. «La antigua población de La Rioja». *A.E.A.*, 42, Madrid.
- 1954. «Los pueblos celtibéricos». *H.F.M.P.*, vol. 1-3, Madrid.
- WATTENBERG, F.: 1963. *Las cerámicas indígenas de Numancia*. B.P.I.I., vol. IV, Madrid.